

---

# LAS «LEYES DE LAS MIGRACIONES» DE E. G. RAVENSTEIN, CIEN AÑOS DESPUES

Joaquín Arango

---

«Fue una observación del difunto doctor William Farr, en el sentido de que las migraciones parecían ocurrir sin arreglo a ninguna ley definida, lo que primero atrajo mi atención al tema»<sup>1</sup>. Con estas palabras iniciaba Ernest Georg Ravenstein, el 17 de marzo de 1885, su exposición ante la *Statistical Society*, de Londres, de lo que denominó «las leyes de las migraciones». Tales «leyes» habían sido deducidas de un detallado estudio del censo inglés de 1881. En un segundo artículo, publicado en 1889, Ravenstein ampliaría su indagación a veinte países más —entre los que se encontraba España— a partir de sus fuentes demográficas oficiales, encontrando general confirmación a las regularidades antes observadas y descubriendo alguna nueva.

Las «leyes» de Ravenstein han sido acertadamente definidas como «un conjunto de proposiciones empíricas generales, vagamente relacionadas entre sí, que describen relaciones migratorias entre orígenes y destinos»<sup>2</sup>. Desde luego, la denominación de «leyes» aplicada a tales regularidades empíricas debe tomarse simplemente en sentido figurado, no *stricto sensu*. Ya en la

---

<sup>1</sup> E. G. RAVENSTEIN, «The Laws of Migration», *Journal of the Royal Statistical Society*, 48, pt. 2 (junio 1885), pp. 167-227; 52 (junio 1889), pp. 241-301; véase I, p. 167. A partir de aquí, «The Laws», I, se refiere al primer artículo de este título, el de 1885; II, al segundo, de 1889.

<sup>2</sup> W. ZELINSKY, «The Hypothesis of the Mobility Transition», *The Geographical Review*, 61, 2 (abril 1971), pp. 219-220.

---

discusión del segundo de los artículos de Ravenstein, los colegas de éste en la *Statistical Society* se mostraron severos y escépticos al respecto; en particular, uno de ellos, Mr. Noel A. Humphreys, «después de leer atentamente el primer trabajo de Mr. Ravenstein —como dicen las minutas de la reunión— y de escuchar la lectura del presente, llegó a la conclusión de que las migraciones se distinguían más por su “alegalidad” que por mostrar ninguna ley definida»<sup>3</sup>. Se trataba, sin embargo, de una cuestión muy secundaria, en la que el propio Ravenstein nunca puso énfasis; por el contrario, en varios pasajes se había mostrado crítico del término «leyes». «Soy perfectamente consciente —escribió— de que nuestras leyes de población, y las leyes económicas en general, no tienen la rigidez de las leyes físicas, estando como están constantemente interferidas por la acción humana»<sup>4</sup>. Lo que importaba era el grado de generalidad y predicabilidad de tales regularidades observadas.

No es probable que los colegas de Ravenstein —ni siquiera, quizá, él mismo— intuyeran la resonancia y significación que las «leyes de las migraciones» estaban llamadas a alcanzar con el paso del tiempo. Su autor, a la sazón profesor del Bedford College, era un geógrafo y cartógrafo anglogermánico —alemán de nacimiento (Frankfurt, 1834) e inglés de adopción— especializado, sobre todo, en cartografía africana, de la que era buena muestra su famoso *Mapa de Africa Ecuatorial* (1884). Autor prolífico, se había ocupado de variados asuntos, entre ellos de *Los rusos en el río Amur* (1871), y era conocido también por sus informes a diversas sociedades científicas británicas. Sin embargo, pasaría a la historia por sus reflexiones sobre las migraciones, de las que ya se había ocupado años atrás.

Los dos artículos citados constituyen, muy probablemente, la primera manifestación del moderno pensamiento científico-social sobre las migraciones. Inauguran una línea de reflexión e indagación que se prolonga hasta nuestros días: la búsqueda de regularidades empíricas en los movimientos migratorios. De ella ha podido decir Wilbur Zelinsky que constituye uno de los dos elementos axiomáticos que pueden ser hallados en demografía —el otro es la teoría de la transición demográfica<sup>5</sup>.

Mucho se ha investigado y escrito sobre migraciones en los cien años transcurridos desde la publicación del primero de los artículos de Ravenstein. Pero, aunque el refinamiento analítico alcanzado sea muy estimable, el grado de desarrollo teórico alcanzado aún no se compadece con la importancia del fenómeno. Buena prueba de ello es que la insuficiencia del *corpus* teórico disponible sigue siendo citado como uno de los obstáculos que se interponen en el camino de la cabal comprensión de las migraciones. Tal obstáculo es, a su vez, consecuencia de otros, tales como la ambigüedad conceptual del fenómeno, la dificultad de su medición y su carácter multifacético e interdisci-

<sup>3</sup> RAVENSTEIN, «The Laws», II, p. 302.

<sup>4</sup> RAVENSTEIN, «The Laws», II, p. 241; véase, también, I, p. 198.

<sup>5</sup> W. ZELINSKY, «The Hypothesis of the Mobility Transition», p. 219.

plinar. Ciertamente, el estudio de las migraciones es tan relevante como complejo y elusivo. Por ser el más difícil de conceptualizar, medir y analizar, las migraciones son, de los componentes del cambio demográfico, el que menos atención ha recibido <sup>6</sup>.

Los dos primeros órdenes de dificultades están estrechamente relacionados entre sí. Definir qué es una migración y quién es un migrante es menos fácil de lo que a primera vista parece.

Mientras nacimientos y defunciones son hechos biológicos, generalmente nítidos, cuyo registro y cómputo no suele entrañar ninguna complicación, las migraciones son transiciones espaciales y sociales a la vez y de contornos imprecisos, sobre los que no existe consenso generalizado: se trata de desplazamientos o cambios de residencia a *cierta* distancia —que debe ser «significativa»— y con carácter «relativamente permanente» o con cierta voluntad de permanencia. Añádase a ello que rara vez son susceptibles de medición directa —y rara vez de manera satisfactoria— y que, por lo general, deben ser inferidos de los censos.

La determinación por parte de las fuentes es tan intensa que algunos estudios han considerado necesario adecuar sus definiciones del fenómeno migratorio —a fin de hacerlas reales y operativas— a los contornos impuestos por las fuentes. Así, Thomlinson considera migrante a aquellas personas «que al final de un período de tiempo especificado residen en un lugar distinto que al comienzo de ese período de tiempo» <sup>7</sup>. Lo mismo, con mayor razón, habría que decir con respecto al espacio. Así, la definición citada, tan cuidadosa respecto a la especificación de la dimensión temporal, es incorrecta desde la perspectiva espacial. La persona que Thomlinson considera migrante no lo sería estadísticamente si al final del período de tiempo especificado residiera en un lugar que, siendo diferente al del comienzo del período, estuviese en la misma unidad administrativa —por ejemplo, provincia— que el anterior.

Por eso, la mayoría de las definiciones no son ideales, sino operativas: su formulación depende en gran parte de lo que se pretende investigar y de la información de que se dispone. Esta es, casi siempre, gravemente insuficiente. Por lo general, es extremadamente difícil hallar fuentes suficientes que proporcionen información particularizada sobre migrantes individuales —única forma de conocer verdaderamente sus motivaciones, sus experiencias en el área de destino, el propio proceso de la migración, etc.— en una escala suficiente como para alcanzar significación estadística. Por eso, la mayor parte de las investigaciones tienen que conformarse con información derivada de estadísticas agregadas, lo que constituye una verdadera determinación metodológica <sup>8</sup>; estadísticas que, para colmo, sólo permiten en la mayoría de los casos

<sup>6</sup> Así se expresan Leszek A. KOSINSKI y Mansell R. PROTHERO (eds.), «Introduction: The Study of Migration», *People on the Move*, Londres, 1978, p. 14.

<sup>7</sup> R. THOMLINSON, «The Determination of a Base Population for Computing Migration Rates», *The Milbank Memorial Fund Quarterly*, XL (1962), pp. 356-366.

<sup>8</sup> Desde el *Research Memorandum on Migration Differentials*, de Dorothy S. THO-

estimaciones indirectas. En efecto, hasta tiempos muy recientes apenas existen fuentes directas para el cálculo de los flujos migratorios, esto es, registros de migrantes, con la parcial excepción de Suecia a fines del Antiguo Régimen. Incluso en tiempos recientes hay pocos países que mantengan registros de migrantes y, en todo caso, no suelen ser muy completos. En consecuencia, los flujos deben ser calculados indirectamente, a partir de fuentes no construidas con ese propósito. Como dice Leszek Kosinski, «la elección del método de análisis depende en gran medida de la naturaleza de las fuentes»<sup>9</sup>.

Quizá en el caso de las migraciones es más claro que en otros que lo que medimos está profundamente condicionado por las fuentes disponibles, y en particular por las definiciones que se adoptan para la confección de éstas. Oskar Morgenstern dedicó hace años un famoso libro a las deformaciones que las fuentes, y muchas veces los aparatos administrativos que las confeccionan, introducen, intencionalmente o no, en los fenómenos sociales a medir<sup>10</sup>. El resultado es que lo que medimos es, frecuentemente, algo distinto de lo que queríamos estimar. En el caso de los movimientos migratorios, los censos y estadísticas similares sólo nos permiten constatar aquellos desplazamientos de los que queda alguna constancia administrativa o estadística; más precisamente, «aquellos que cruzan fronteras censales o políticas e interceptan los intervalos temporales utilizados por las enumeraciones censales»<sup>11</sup>. Por esta razón, los cálculos sólo recogen una fracción de los desplazamientos efectivamente ocurridos. Por ejemplo, en lo tocante al tiempo, la estadística de lugar de nacimiento sólo permite medir, en un momento dado, una migración en el curso de toda una vida, aunque hayan sido varias las que efectivamente han tenido lugar. Los censos no cuentan más que una migración por período intercensal por persona, aunque ese individuo haya realizado varios desplazamientos en ese tiempo. En general, puede decirse que los censos y estadísticas similares permiten —mal— medir migrantes, pero no migraciones. El número de éstas es siempre superior al de aquéllos; en caso extremo, y altamente improbable, ambos cómputos podrían ser iguales. Por ejemplo, un estudio realizado en los Estados Unidos reveló que, en un lapso de tiempo de cinco años, el número de migraciones efectivas fue el doble del de los migrantes que las protagonizaron<sup>12</sup>.

---

MAS, Nueva York, 1938, es patente la conveniencia de combinar la información procedente de fuentes agregadas con la resultante de *case-studies*. Uno de los que más insiste hoy en día en ello es Sune AKERMAN, «Towards an Understanding of Emigrational Processes», en MCNEILL y ADAMS, *Human Migration*, pp. 287 y 303, n. 1, y «Theories and Methods of Migration Research», en H. RUNBLUM y H. NORMAN (eds.), *From Sweden to America: A History of the Migration*, Uppsala, 1976, pp. 17-75.

<sup>9</sup> L. A. KOSINSKI, «Data and Measures in Migration Research», en L. A. KOSINSKI y R. M. PROTHERO (eds.), *People on the Move*, cit., p. 107.

<sup>10</sup> Oskar MORGENSTERN, *On the Accuracy of Economic Observations*, 2.ª ed. revisada, Princeton, 1963.

<sup>11</sup> W. ZELINSKY, «The Hypothesis of the Mobility Transition», p. 226.

<sup>12</sup> Daniel COURGEAU, «Migrants et migrations», *Population*, 28, 1 (enero-febrero 1973), pp. 96-97.

---

El tercer orden de dificultades en el estudio de los movimientos migratorios es el carácter acusadamente multifacético del fenómeno, que exigirá para su cabal comprensión un tratamiento interdisciplinar. En efecto, las dimensiones del hecho migratorio son múltiples y, por ello, constituye objeto de interés para demógrafos, economistas, sociólogos, antropólogos, geógrafos, estadísticos, psicólogos sociales e historiadores. Como muchas veces se ha señalado, la explicación de los movimientos migratorios requiere la comprensión previa de las complejas interrelaciones existentes entre factores demográficos y factores económicos y sociales, prestando la debida atención a los marcos de referencia culturales y sociopsicológicos en los que se inserta la decisión de migrar<sup>13</sup>. Sin embargo, la integración de las perspectivas de los científicos sociales que se interesan por las migraciones desde campos disciplinares diversos deja mucho que desear, como se observa en una excursión somera por la copiosa literatura existente. Por supuesto, hay excepciones muy notables a lo dicho, pero los tratamientos interdisciplinares brillan por su escasez, si no por su ausencia. Desde luego, resulta prácticamente imposible, excepto en un marco espacio-temporal muy reducido y, en todo caso, merced a un esfuerzo ímprobo, integrar y armonizar todos los puntos de vista proporcionados por las diferentes ramas de las ciencias sociales en un solo estudio o en un único marco analítico abstracto.

El último de los problemas enumerados para el estudio de las migraciones es la insuficiencia del *corpus* teórico existente. Desde luego, la literatura existente sobre la materia es de una extensión inabarcable, pero se resiente de un acusado divorcio entre teoría y empiria. Existen miríadas de investigaciones empíricas, pero rara vez avanzan proposiciones teóricas, lo que resta significación a sus resultados e impide que éstos constituyan, a su vez, *inputs* teóricos o analíticos para posteriores estudios.

Pese a que en los últimos quince o veinte años ha habido una auténtica avalancha de estudios sobre migraciones, no se ha producido aún ningún salto significativo en la teorización de las migraciones. Si excluimos algunas aportaciones procedentes del campo de la economía, de tipo coste-beneficio, y algunos modelos econométricos de semejante inspiración, analíticamente elegantes pero de aplicabilidad y realismo altamente dudosos —entre otras cosas por atribuir a los migrantes perfecta información, libre movilidad, extrema sensibilidad al cálculo marginal y, en suma, el comportamiento «racional» propio

<sup>13</sup> J. J. MANGALAM, *Human Migration. A guide to Migration Literature in English 1955-1962* (con la asistencia de Cornelia Morgan), Lexington, Kentucky, 1968, p. 7. Véanse también James D. TARVER, «Predicting Migration», *Social Forces*, 39 (marzo 1961), pp. 207-214; R. C. TAYLOR, «Migration and Motivation: A Study of Determinants and Types», en J. A. JACKSON (ed.), *Migration*, Cambridge, 1969, pp. 99-133; G. OLSSON, «Distance and Human Interaction: A Migration Study», *Geografiska Annaler*, 47 (1965), pp. 3-43. Para la dimensión cultural de las migraciones puede verse, entre otros muchos, Edward SHILS, «Roots - The Sense of Place and Past: The Cultural Gains and Losses of Migration», en MCNEILL y ADAMS, *Human Migration*, Bloomington, 1978.

del *homo economicus*<sup>13 bis</sup>—, los marcos teóricos utilizados han variado relativamente poco en las últimas décadas. Estudios clásicos como los de Ravenstein (1885-89), Adna Ferrin Weber (1899), Redford (1926), Jerome (1926) y Thomas y Znaniecki (1927) conservan su interés y siguen contándose entre las principales y más influyentes aportaciones a la investigación de los movimientos migratorios<sup>14</sup>. El más antiguo de ellos, las «Leyes de las migraciones» de Ravenstein, trabajo de amplia base empírica con pretensiones generalizadas, sigue siendo el inevitable punto de partida de toda revisión de la literatura teórica sobre las migraciones.

Las «leyes» de Ravenstein pueden ser resumidas y reordenadas como sigue:

1. La principal causa de las migraciones son las disparidades económicas, y el móvil económico predomina entre los motivos de las migraciones<sup>15</sup>.
2. La mayor parte de las migraciones son de corta distancia: «... el grueso de nuestros migrantes sólo recorre una distancia corta»<sup>16</sup>.
3. «Los migrantes que se desplazan a largas distancias generalmente

<sup>13 bis</sup> Me refiero, sobre todo, a los trabajos de Larry A. SJAASTAD, «The costs and returns of human migration», *Journal of Political Economy*, 70, 5, (1962); T. W. SCHULTZ, «Reflections on Investment on Man», *Journal of Political Economy*, LXX (1962), pp. 51-58; Gian S. SAHOTA, «An Economic Analysis of Internal Migration in Brasil», *Journal of Political Economy*, 76 (2, pt. 1), p. 218 (marzo-abril 1968). Para situar estos trabajos en la necesaria perspectiva de conjunto, pueden verse útiles resúmenes de la atención recibida por las migraciones en la teoría económica en Brinley THOMAS, *Migration and Economic Growth. A Study of Great Britain and the Atlantic Economy*, Cambridge, 1973 (2.ª ed.), pp. 1-34; Bruce H. HERRICK, *Urban Migration and Economic Development in Chile*, Cambridge, Mass., 1965, cap. 2; Harold LIND, «Internal Migration in Britain», en J. A. JACKSON (ed.), *Migration*, Cambridge, 1969, pp. 74-98; Toshio KURODA, «Internal Migration: An Overview of Problems and Studies», en NAM (ed.), *Population and Society*, pp. 336-339, entre otros.

<sup>14</sup> E. G. RAVENSTEIN, «The Laws of Migration», cit.; Adna F. WEBER, *The Growth of Cities in the Nineteenth Century. A Study in Statistics*, Nueva York, 1899 (reeditado en Ithaca, N. Y., 1965); Arthur REDFORD, *Labor Migration in England, 1800-1850*, 1926; Harry JEROME, *Migration and Business Cycle*, Nueva York, 1926; W. I. THOMAS y F. ZNANIECKI, *The Polish Peasant in Europe and America*, Nueva York, 1927 (1.ª ed., 1927).

<sup>15</sup> «La principal, aunque no la única, causa de las migraciones hay que buscarla en la sobrepoblación de una parte del país, mientras en otras partes existen recursos infrautilizados que contienen una promesa mayor de trabajo remunerado. Es obvio que ésta no es la única causa. Leyes malas u opresivas, una fuerte presión fiscal, un clima desfavorable, entornos sociales poco propicios, e incluso la coerción (tráfico de esclavos), todos estos factores han producido y aún están produciendo corrientes migratorias, pero ninguna de estas corrientes puede compararse en volumen con la que resulta del deseo inherente a la mayoría de los hombres de progresar en cuestiones materiales. Así ocurre que la población excedente de una parte del país se desplaza a otra parte, donde el desarrollo de la industria y el comercio, o la posibilidad de poner en cultivo tierras productivas aún en estado de naturaleza, demanda más brazos para el trabajo.» «No cabe duda de que la demanda de trabajo en nuestros centros de la industria y el comercio es la causa primordial de los flujos migratorios cuya indagación constituye el objeto de este trabajo.» RAVENSTEIN, «The Laws», II, p. 286, y I, p. 198.

<sup>16</sup> *Ibidem*.

- van con preferencia a uno de los grandes centros del comercio o de la industria»<sup>17</sup>.
4. Las migraciones se producen escalonadamente<sup>18</sup>.
  5. «El proceso de dispersión es el inverso del de absorción y exhibe características similares»<sup>19</sup>.
  6. «Cada corriente migratoria produce una contracorriente compensadora»<sup>20</sup>.
  7. «Los nativos de las ciudades tienen menos propensión a emigrar que los de las zonas rurales del país»<sup>21</sup>.
  8. «Entre los migrantes de corta distancia parecen predominar las mujeres»<sup>22</sup>, mientras lo contrario ocurre entre los de larga distancia.
  9. La mayoría de los migrantes son adultos.
  10. Las grandes ciudades crecen más por inmigración que por incremento vegetativo.
  11. Las migraciones más importantes son las que van de las áreas rurales a los grandes centros del comercio y de la industria.
  12. Las migraciones tienden a aumentar con el desarrollo económico y con el progreso de la tecnología y del transporte<sup>23</sup>.

La más directa contribución al desarrollo de la línea de reflexión abierta por Ravenstein procede de un artículo, hoy clásico, de Everett Lee, «A Theory of Migration», publicado inicialmente en 1966<sup>24</sup>, que codificaba y sistematizaba

<sup>17</sup> RAVENSTEIN, «The Laws», I, p. 199.

<sup>18</sup> «Supongamos que existe un excedente de fuerza de trabajo en una provincia y escasez en otra, mientras que las provincias intermedias son capaces de proveer ocupación remunerada a todos sus habitantes. ¿Viajará el trabajador en busca de empleo a través de estas provincias intermedias para cubrir la escasez? ¡Yo lo niego! (...) La escasez será cubierta desde la inmediata vecindad, y su efecto se propagará de provincia en provincia hasta hacerse sentir en la más remota de ellas. (...) En condiciones normales, el movimiento migratorio será gradual; procederá paso a paso, y se transmitirá de provincia en provincia.» «Los habitantes del campo inmediatamente adyacente a una ciudad en rápido crecimiento afluirán a ésta; los vacíos dejados en la población rural son llenados por emigrantes de distritos más lejanos, hasta que la fuerza atractiva de una de nuestras rápidamente crecientes ciudades se deja sentir, paso a paso, en los más remotos rincones del reino.» RAVENSTEIN, «The Laws», II, p. 286, y I, p. 199.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

<sup>20</sup> *Ibidem*.

<sup>21</sup> *Ibidem*.

<sup>22</sup> RAVENSTEIN, «The Laws», II, p. 288.

<sup>23</sup> «¿Aumentan las migraciones? ¡Yo así lo creo! (...) Allí donde pude establecer una comparación, hallé que el aumento de los medios de locomoción y el desarrollo de las manufacturas y del comercio han conducido a un incremento de las migraciones. De hecho, basta singularizar aquellas provincias de un país en las cuales se dan con más intensidad las migraciones para encontrarse con los grandes centros de la industria humana o con las zonas donde nuevos recursos han comenzado a ser explotados. Las migraciones significan vida y progreso; una población sedentaria, estancamiento.» *Ibidem*.

<sup>24</sup> Everett S. LEE, «A Theory of Migration», *Demography*, 3, 1 (1966), pp. 47-57; reproducido en David M. HEER, *Readings on Population*, Englewood Cliffs, N. J. (1968), pp. 181-193. Seis de las hipótesis de Lee se refieren al volumen de migración; seis a la existencia de corrientes y contracorrientes migratorias, y siete a características diferenciales de los migrantes.

zaba las «leyes» de aquél y las completaba con un conjunto de dieciocho hipótesis de su propia cosecha —a las que Ravenstein llamará «leyes», puesto que están formuladas en forma equivalente a las suyas y sólo difieren en la mayor vocación teórica y menor filiación empírica de las de Lee—. Las hipótesis de Lee se refieren al volumen de las migraciones, a las corrientes y contracorrientes en que se manifiestan éstas y a las características de los migrantes. Aunque resultan esclarecedoras, su número y el carácter técnico de muchas de ellas harían tediosa su reproducción aquí.

Los puntos de carácter general que merecen ser resaltados de la síntesis de Ravenstein son, a mi juicio, la detección empírica de una serie de características relativas al proceso migratorio, el predominio otorgado a las motivaciones económicas en las migraciones y el uso, por vez primera, aunque de forma implícita, del marco analítico «atracción-repulsión», así como la preferencia clara otorgada a la primera de estas fuerzas. Las principales omisiones tienen que ver con los mecanismos detonadores que ponen en marcha el proceso, la existencia de oportunidades u obstáculos intermedios entre *push* y *pull*, la regionalidad e historicidad de las migraciones y su carácter selectivo.

En primer lugar, es de destacar en la contribución de Ravenstein la observación de una serie de regularidades en los procesos migratorios, tales como el carácter escalonado y gradual de las migraciones, el predominio de las de corta distancia, el mayor número de mujeres que de hombres dentro de éstas, la mayor propensión a emigrar de los habitantes del agro y, en general, las comprendidas entre los números 2 y 10 de nuestra enumeración.

Algunas de esas regularidades, la mayoría, han sido repetidamente corroboradas por la investigación posterior. En otros casos, la generalización es más discutible, o no ha sido categóricamente comprobada o documentada. Algunas otras, finalmente, pueden haber cambiado de signo desde que Ravenstein las detectó: así parece ocurrir con el peso relativo de inmigración e incremento natural en el crecimiento de las ciudades, e incluso con el tradicional predominio de la ciudad sobre el campo en el saldo migratorio, por lo menos en los países hoy plenamente desarrollados que constituyeron la muestra en la que el geógrafo angloamericano basó sus observaciones<sup>25</sup>.

En segundo lugar, hay que destacar de la contribución de Ravenstein la utilización, quizá por primera vez, del tan conocido como insustituible marco analítico de «atracción-repulsión» o *push-pull*. En efecto, la decisión de emigrar puede ser adoptada respondiendo a factores que operan en el lugar de residencia o partida, a factores que operan en el previsto lugar de destino o a una combinación de ambos. Frecuentemente es la interacción entre los dos polos de la migración la principal determinante de la decisión de emigrar<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> Véanse, por ejemplo, Robert Woods, *Population Analysis in Geography*, Londres, 1979, pp. 191-192, y, sobre todo, D. B. GRIGG, «E. G. Ravenstein on *The Laws of Migration*», *Journal of Historical Geography*, 3 (1977), pp. 41-54.

<sup>26</sup> Este es el punto de vista, *inter alia*, de Daniel COURGEAU, «Migrants et migrations», pp. 95-96. Del mismo, véase también *Les champs migratoires en France*, París, 1970.



En ambos polos operan factores que el actor valora como positivos o negativos —también hay factores neutros, que producen indiferencia—, pero, lógicamente, en las zonas de origen predominan los factores percibidos como negativos, llamados factores de repulsión o *push factors*, y en el lugar escogido como destino predominan, en la percepción del migrante potencial, los factores positivos, de atracción o *pull factors*. *Push* y *pull* son los términos venerables en torno a los cuales gira casi toda la copiosa literatura existente sobre migraciones. Los factores de expulsión determinan un estado de «privación relativa»<sup>27</sup> o una incapacidad del entorno para satisfacer las necesidades de todos o parte de los componentes de la colectividad. Los factores de atracción ofrecen al migrante potencial la esperanza de hallar en el lugar de destino un mayor grado de satisfacción a sus insatisfechas necesidades o aspiraciones. En general, la decisión se adopta tras comparar, consciente o inconscientemente, las ventajas y desventajas de ambos polos, y el factor decisivo es la interacción entre ambos: diferencias salariales, posibilidad de mejorar de ocupación o simplemente de encontrar empleo, distancia, coste de desplazamiento, diferencias lingüísticas, culturales o étnicas entre los dos extremos, etc. Las diferencias previstas entre las satisfacciones que puede proporcionar el punto de destino respecto al de partida deben, normalmente, ser considerables para vencer la inercia y las fuerzas que inclinan a mantener la residencia. Frecuentemente, ambos polos están conectados y forman parte de algún sistema de orden superior; por ejemplo, como caracterizó Brinley Thomas, los dos polos de las migraciones trasatlánticas de los siglos XIX y XX formaban parte de una «economía atlántica» en la que las oscilaciones del ciclo tendían a coincidir cronológicamente, aun cuando frecuentemente fueran de signo contrario<sup>28</sup>. Más acudadamente puede postularse tal interconexión de las regiones pobres y ricas de un mismo país entre las que suelen producirse flujos migratorios.

Los factores negativos de la interacción entre origen y destino que anulan o dificultan la decisión de migrar reciben, habitualmente, la denominación de «obstáculos intermedios». El más influyente entre ellos, en ausencia de frenos legales a la inmigración, es la distancia. Por supuesto, las decisiones de emigrar son siempre subjetivas; por muy objetivas que sean las razones que las motivan, las decisiones de los actores están siempre basadas en sus percepciones de ventajas y desventajas, especialmente por lo que concierne a lo que se espera encontrar en el punto de destino, acerca del cual la información acostumbra a ser imperfecta. Sobra decir que factores culturales y psicológicos suelen afectar decisivamente a estas percepciones<sup>29</sup>. Un ejemplo muy rele-

<sup>27</sup> Para la noción de «privación relativa», véase J. J. MANGALAM (su más destacado proponente), *Human Migration*, p. 9.

<sup>28</sup> Brinley THOMAS, *Migration and Economic Growth. A Study of Great Britain and the Atlantic Economy*, cit.

<sup>29</sup> Véanse el preceptivo artículo del máximo especialista sueco en migraciones, Sune AKERMAN, «Towards an Understanding of Emigrational Processes», especialmente pp. 301 y ss., y el gráfico del «proceso de valor añadido» de J. E. ELLEMER, reproducido en p. 301. De AKERMAN conviene ver también «Theories and Methods of Migration Research».

vante es el síndrome al que los anglosajones aluden con la expresión «las calles están pavimentadas con oro», referido a las expectativas, muchas veces infundadas o desproporcionadas con la realidad, que los emigrantes esperan encontrar en su lugar de destino.

Aunque Ravenstein no lo dijo expresamente, los desequilibrios económicos no son estáticos. Las economías de los puntos de origen y destino están sujetas a fluctuaciones cíclicas, y estas fluctuaciones resultan decisivas a la hora de explicar el volumen de las migraciones, como, entre otros, demostró el mismo Brinley Thomas en su estudio de las migraciones en el Atlántico Norte<sup>30</sup>. Everett Lee expresó esta idea como una de sus hipótesis al decir que «el volumen de las migraciones varía con las fluctuaciones de la economía»<sup>31</sup>. Aunque es difícil generalizar, en el pasado los períodos de expansión económica han tendido a agudizar las disparidades económicas regionales, ya que las regiones avanzadas progresaban en ellos mucho más que las atrasadas y, por ello, aumentaba el número de migrantes. Por el contrario, los períodos de depresión solían suponer una relativa nivelación de oportunidades a la baja, con lo que disminuían los incentivos para emigrar.

En la síntesis de Ravenstein es de destacar la clara, aunque no explícita, preferencia que otorga a los factores de atracción sobre los de repulsión. Pienso que nada se puede generalizar al respecto: en primer lugar, porque la distinción nítida de unos y otros factores no siempre es posible y, muy frecuentemente, es la interacción entre ambos tipos de factores lo que resulta decisivo; en segundo lugar, porque en la literatura empírica existente se encuentran, probablemente, tantos casos de predominio de factores *pull* como de factores *push*. La atribución de primacía a unos y otros no es simple elección subjetiva del investigador, desde luego, pero depende en parte del punto de vista escogido. Es hasta cierto punto normal que en estudios de inmigración llevados a cabo desde la perspectiva de la metrópoli o de los centros de absorción parezcan predominar los factores de atracción, mientras que en estudios de éxodo rural ocurra lo contrario.

En términos generales, la posición más sensata, a mi juicio, es la que sostiene que los factores de expulsión determinan las génesis de las migraciones y los factores de atracción su distribución entre los distintos destinos potenciales. Como dice Paul Singer, «los factores de expulsión definen las áreas donde se originan los flujos migratorios, pero son los factores de atracción los que determinan la orientación de estos flujos y las áreas adonde se dirigen»<sup>32</sup>. Obviamente, la combinación de la distancia con las diferencias en la

---

Un buen tratamiento sucinto de los determinantes psicológicos de las migraciones es R. C. TAYLOR, «Migration and Motivation: A Study of Determinants and Types», cit.

<sup>30</sup> Brinley THOMAS, *Migration and Economic Growth. A Study of Britain and the Atlantic Economy in the Nineteenth Century*, cit.

<sup>31</sup> E. S. LEE, «A Theory of Migration», p. 188.

<sup>32</sup> Paul SINGER, *Economía política da urbanização*, Sao Paulo, 1973 (hay traducción castellana, México, 1975), p. 40.

---

fuerza de atracción de los posibles destinos será, en última instancia, la que determine los resultados finales.

En mi opinión, la clarificación de los factores determinantes de las migraciones es cuestión de la máxima importancia, porque del predominio de unos u otros dependen en buena medida las consecuencias de aquéllas. En principio, cabe pensar que cuando los factores de «atracción» predominan sobre los de «repulsión» es mucho más probable que el mercado de trabajo actúe como mecanismo adecuado de regulación de los flujos que si ocurre al contrario. En este caso, cuando las migraciones están fundamentalmente causadas por factores expulsivos, es muy probable que se produzcan desajustes entre los ritmos de evolución de la oferta de empleo y los flujos migratorios, y que de ello resulte «sobreurbanización», hinchazón artificial del sector terciario y aparición de un mercado de trabajo paralelo. Es lo que ocurre en muchos países del Tercer Mundo en nuestros días.

Aunque observó el predominio cuantitativo de los desplazamientos cortos en los movimientos migratorios, Ravenstein no hizo mayores indagaciones acerca de la influencia de la distancia ni de los obstáculos u otros factores intermedios entre los dos polos de la migración. En la literatura posterior, estos factores han sido objeto de atención preferente, especialmente por parte de geógrafos y sociólogos. Es claro que la distancia es una variable de primera importancia en las migraciones, *ceteris paribus* decisiva. Los problemas estriban en que la cláusula *ceteris paribus* es siempre irreal, y que la consideración y conceptualización de la distancia no es unívoca, aunque en su tratamiento han predominado y predominan modelos mecánicos y deterministas.

La formulación más famosa e influyente del papel de la distancia en las migraciones es la denominada «hipótesis P1P2/D», de Georges K. Zipf, inspirada en la ley de Pareto<sup>33</sup>. La hipótesis de Zipf sostiene que el volumen total de migración entre dos puntos es igual al producto de las poblaciones respectivas dividido por la distancia entre ambas. En otras palabras, la migración es directamente proporcional a la población e inversamente proporcional a la distancia. Algunos estudios empíricos han encontrado un cierto grado de validación a esta hipótesis, sugiriendo en ocasiones la aplicación de coeficientes modificatorios a distancia o población. La propuesta de modificación más conocida es la de Samuel Stouffer, que sustituye la distancia por el número de oportunidades económicas. Para Stouffer, «el número de migrantes entre dos puntos es inversamente proporcional al número de oportunidades intermedias y directamente proporcional al número de oportunidades en el punto de destino»<sup>34</sup>. Aunque no faltan investigaciones empíricas que han encontrado jus-

<sup>33</sup> George ZIPF, «The P1P2/D Hypothesis: On the Intercity Movement of Persons», *American Sociological Review*, 11 (diciembre 1946), pp. 677-686.

<sup>34</sup> Samuel A. STOFFER, «Intervening Opportunities: A Theory Relating Mobility and Distance», *American Sociological Review*, 5 (diciembre 1940), pp. 845-867. La definición ha sido tomada de Charles T. STEWART, Jr., «Migration as a Function of Population and Distance», *American Sociological Review*, 25, 3 (junio 1960), p. 348.

tificación a la hipótesis de Stouffer, ésta presenta más problemas que la de Zipf —principalmente porque medir el número de oportunidades por el número de inmigrantes que reside en cada punto supone un problema de regresión ilimitada— y, además, apenas difiere de la primera cuando se operacionaliza.

En todo caso, el principal problema de estos modelos es su mecanismo, su grado de determinismo. Pero apuntan a la influencia de variables que, si bien no son enteramente predecibles, sí actúan en un sentido determinado, aunque nada se pueda decir exactamente de la intensidad con que lo hacen. Pienso que de la abundante literatura existente puede deducirse sin demasiada dificultad que: *a)* la tasa de inmigración de una ciudad es directamente proporcional a su tamaño; *b)* es inversamente proporcional a la distancia que la separa de los puntos de procedencia de los inmigrantes (por la primacía de la corta distancia), y *c)* la tasa de inmigración a una ciudad está afectada por el lugar que por rango ocupa ésta en la jerarquía de ciudades.

Cuando se habla de distancia se piensa generalmente en distancia física, lo que suele conducir a determinismo físico. Hay que tener en cuenta que la distancia no es homogénea, continua o «discreta», sino que está más o menos plagada de obstáculos, que pueden ser políticos (como las fronteras internacionales), físicos (como los accidentes geográficos) o de otro tipo. Lee expresó la importancia de los obstáculos a la migración en una de sus hipótesis, al establecer que el volumen de las migraciones está relacionado con la dificultad de superar los obstáculos intermedios<sup>35</sup>. La distancia es también económica y tecnológica —piénsese en el impacto que sobre las migraciones han tenido las mejoras en los transportes, como la navegación a vapor o el automóvil, o el abaratamiento de las tarifas—, cultural, lingüística, étnica, etc.

Todas estas consideraciones nos llevan a una de la mayor importancia. Me refiero a la regionalidad de las migraciones, derivada de la influencia de factores como los mencionados —distancia, obstáculos intermedios, jerarquía de ciudades, etc.—. En principio, los emigrantes de un área tenderán a acudir a aquel centro de atracción —normalmente urbano, industrial, mercantil o mi-

<sup>35</sup> E. S. LEE, «A Theory of Migration», pp. 187-188. Los obstáculos a las migraciones son de varios tipos, no sólo físicos. Un ejemplo ilustrativo es el que expone Sune Akerman respecto de la diferencia entre migrantes potenciales y migrantes reales en Suecia en los tiempos de la «gran migración»: «Cálculos indirectos, pero no necesariamente poco fiables, sugieren que algo así como dos millones de personas, de una población de cuatro a cinco millones, consideraron seriamente abandonar Suecia en los años 1880. Este estado de ánimo general de inquietud debe haber sido típico de la mayor parte de las áreas de alta emigración de Europa en los decenios en torno al cambio de siglo. (...) A pesar de tan enorme voluntad potencial de emigrar, sólo una parte relativamente pequeña de la población —en torno al 25 por 100— adoptó efectivamente la decisión de partir. Este resultado apunta a la existencia de *barreras y resistencias* a la movilidad de la población, que limitó incluso desplazamientos entre lugares dentro de una misma área. El estudio de estos obstáculos ha conducido al descubrimiento de la llamada «barrera rural-industrial», que ha sido importante en el análisis de las pautas de migraciones internas» (S. AKERMAN, «Towards an Understanding of Emigrational Processes», p. 300). Sobre obstáculos, véase también Daniel COURGEAU, «Migrants et migrations».

nero— cuya fuerza de atracción esté menos neutralizada por la distancia, medida ésta más por el coste y dificultad de recorrerla, o por el grado de desarraigo que entrañe, que por unidades físicas. La existencia de obstáculos físicos y políticos suele ser decisiva en la elección del punto de destino. El rango que éste ocupa en una región afecta, como se ha dicho, a su fuerza de atracción: en general, la fuerza de atracción de la primera ciudad en la jerarquía urbana resulta incrementada por su posición en una proporción mayor a su tamaño, y lo contrario ocurre, gradualmente, con las que le siguen. La pertenencia a una misma comunidad cultural, lingüística o histórica, normalmente, eleva el grado de información del migrante potencial y disminuye, consiguientemente, la incertidumbre del desplazamiento, y, además, reduce los costes afectivos de la migración, por lo que también modifica la distancia. Los mismos factores que operan en la difusión de la transición de la fecundidad actúan, probablemente, en la difusión de la movilidad y en su regionalidad. Hace cuarenta años, Dudley Kirk sostuvo que la difusión de las pautas de baja fecundidad en Europa «fue facilitada por la vecindad geográfica y por la comunidad de lenguaje, tradiciones y religión. Por el contrario, fue obstaculizada por barreras geográficas y étnicas»<sup>36</sup>. Algo muy parecido podría decirse de las rutas migratorias, y de la consiguiente configuración de regiones migratorias, con la diferencia de que los factores físicos pesan aquí más que los culturales, puesto que se trata de desplazamientos en el espacio más que de la adopción de nuevas pautas de conducta.

Sean cuales sean los factores delimitadores que operan en cada caso, lo indudable es que las migraciones tienen lugar generalmente a lo largo de rutas bien definidas. Las migraciones no son *random*, esto es, los puntos de origen y destino no se conectan al azar, sino que existen «fuertes relaciones entre ciertas áreas de origen y ciertas áreas de destino, unas y otras bien definidas»<sup>37</sup>. Aparte de los mencionados, el factor más decisivo es el llamado *stock-effect*, es decir, la influencia que anteriores inmigrantes en un centro ejercen sobre los residentes en su punto de origen, a través de la información, del ejemplo que supone haber superado los obstáculos intermedios, del efecto-demostración que constituyen las remesas de ahorros enviadas a los familiares o, en ocasiones, de formas de inducción más directas, como el envío del coste del pasaje o la promesa de proveer de empleo o alojamiento<sup>38</sup>.

Pero los movimientos migratorios no sólo presentan determinadas regularidades espaciales, sino que también parecen estar sujetos a ciertas secuencias

<sup>36</sup> D. KIRK, *Europe's Population in the Interwar Years*, Ginebra, 1946, pp. 152-153.

<sup>37</sup> S. AKERMAN, «Towards an Understanding», p. 294; E. S. LEE, «A Theory of Migration», p. 189.

<sup>38</sup> Un excelente ejemplo del llamado *stock-effect*, también conocido como «migración en cadena», es el proporcionado por Víctor PÉREZ DÍAZ respecto a la emigración de Tierra de Campos: véase su *Emigración y cambio social. Procesos migratorios y vida social en Castilla*, Barcelona, 1971, pp. 148-153; véase al respecto Charles TILLY, «Migration in Modern European History», en W. McNEILL y R. S. ADAMS (eds.), *Human Migration. Patterns and Policies*, Bloomington, 1978, p. 54.

o transiciones en el tiempo. Esto parece ser cierto, al menos, del largo proceso de transformación histórica que conocemos con la denominación de «crecimiento económico moderno». La clave de ello radica en la interdependencia y paralelismo que existe entre la movilidad de las poblaciones y los procesos de desarrollo económico y transición demográfica. Fue precisamente este paralelismo el que llevó a Wilbur Zelinsky a formular su conocida «hipótesis de la transición de la movilidad». Esta hipótesis sostiene que «existen regularidades definidas y pautadas en el crecimiento de la movilidad de las personas a través del espacio y del tiempo durante la historia reciente, y estas regularidades comprenden un componente esencial del proceso de modernización»<sup>39</sup>. La hipótesis se explicita en ocho proposiciones relacionadas entre sí, las más importantes de las cuales son las siguientes: «1) A medida que una comunidad experimenta el proceso de modernización tiene lugar siempre una transición desde una condición relativamente estática, de movilidad física y social severamente limitada, a tasas mucho más altas de ambos tipos de movilidad. 2) En cualquier comunidad dada, el curso de la transición de la movilidad corre estrechamente paralelo al de la transición demográfica y a los de otras secuencias transicionales que todavía no han sido adecuadamente descritas. Entre todos los procesos en cuestión puede existir un alto grado de interacción. 3) En los diversos estadios de la transición hay importantes cambios, que se producen de manera ordenada, tanto en la forma como en la intensidad de la movilidad espacial —cambios en la función, frecuencia, duración, periodicidad, distancia, itinerario, categorías de migrantes y clases de orígenes y destinos—. (...) 4) A un elevado nivel de generalización, que reduce la importancia de irregularidades espaciales y temporales menores, podemos reconocer en las condiciones de la movilidad pautas coherentes que se propagan en el tiempo, en fases sucesivas, y centrífugamente en el espacio, como zonas concéntricas que emanan de focos de crecimiento próspero. 5) Los procesos en cuestión tienden a acelerarse en ritmo espacial y temporal con el tiempo, aparentemente por la continua acumulación e intensificación de factores de causación en cualquier comunidad y por la información y efectos transferidos de las regiones más avanzadas a las regiones menos avanzadas...»<sup>40</sup>.

Estas premisas sirven de base para la formulación de una secuencia temporal de transición de la movilidad en cinco estadios, paralela a, e interdependiente con, la transición demográfica. Discutible y conjetural, como casi todas las teorías de estadios, la de Zelinsky tiene más valor por lo que sugiere que por lo que demuestra. Desde luego, respaldar empíricamente una hipótesis tan ambiciosa, de ámbito tan universal, como la de Zelinsky es tarea extraordinariamente ardua, si se tiene en cuenta que las dificultades habituales de medi-

<sup>39</sup> Wilbur ZELINSKY, «The Hypothesis of the Mobility Transition», cit. Otra hipótesis, aunque menos elaborada, de estadios bien definidos en el proceso de concentración espacial de la población es la de Jack P. GRUBBS, «The Evolution of Population Concentration», *Economic Geography*, 39 (1963), pp. 119-129.

<sup>40</sup> ZELINSKY, *ibidem*, p. 222.

ción y documentación están exponenciadas aquí por la perspectiva comparativa inherente a la hipótesis. No es necesario juzgar aquí el grado de éxito alcanzado por Zelinsky en su extenuante esfuerzo. Poca o ninguna fundamentación empírica cabe en los casos de las Fases I y V («La Sociedad Tradicional Pre-moderna» y «La Sociedad Futura Superavanzada», respectivamente), por lo remoto de la primera y el carácter de futurible de la última<sup>41</sup>. Las tres fases intermedias, por el contrario, corresponden al pasado reciente y al presente, y nuestro conocimiento de las grandes líneas de la movilidad geográfica y social de este tiempo es relativamente amplio. De hecho, como ocurre en la teoría de la transición demográfica, las fases y sus contenidos están deducidos de la experiencia histórica. Por tanto, la base empírica sobre la que reposan estas fases puede considerarse, en principio, adecuada.

Finalmente, Ravenstein concedió marcada primacía a los factores y motivaciones económicos en la génesis de los desplazamientos espaciales, como se expresa claramente en la primera de las «leyes» de nuestra reordenación. El motor de las migraciones, para Ravenstein, son las disparidades regionales en niveles de renta y volumen de empleo, y la inadecuada distribución territorial de la fuerza de trabajo. Por ser responsable del incremento de las disparidades espaciales, la industrialización aumenta enormemente la movilidad de la población (además de por las razones secundarias expuestas en la «ley» 12). Como en otros terrenos, Ravenstein preludivió aquí la opinión contemporánea dominante. En ambos casos son las disparidades regionales el principal determinante de las migraciones, y en ambos juegan éstas el papel de equilibrador de estas diferencias. Por tratarse del terreno en el que más lejos parece haber llegado la reflexión contemporánea sobre los determinantes y las consecuencias de las migraciones, merece la pena prestar particular atención a este punto.

Casi todo el mundo está hoy de acuerdo en que las migraciones derivan, sobre todo, de las desigualdades y los desequilibrios regionales. Más difícil es encontrar acuerdo sobre los mecanismos que las disparan y las consecuencias que producen. Las diversas teorías subrayan unos y otros aspectos, sin que ninguna dé cuenta sistemática de todos los factores que la observación y la lógica inspiran a la reflexión creadora de hipótesis.

La teoría más difundida e influyente es la neoclásica, que es, en esencia, una teoría de la oferta diferencial de factores entre las diversas regiones, sectores, industrias y empresas de la economía. Según ella, dada una situación caracterizada por diferencias cualesquiera en la remuneración de los factores, éstos se desplazarán hacia los lugares donde maximicen su ventaja neta. En virtud de estos desplazamientos, la situación tiende siempre al equilibrio, que se logra cuando la remuneración de los factores queda igualada a través de toda la economía. En el caso de las migraciones, la teoría neoclásica afirma que, dada una situación de desigualdad salarial, la mano de obra se desplazará

<sup>41</sup> *Ibidem*, pp. 230-231, 234-236, 247-249.

geográficamente hasta que los salarios reales se igualen. Por consiguiente, el volumen y la intensidad de las migraciones dependerá de la facilidad con que los salarios respondan a los aumentos y disminuciones de la oferta de fuerza de trabajo y a los obstáculos que se interpongan en la movilidad de la mano de obra.

Desde el punto de vista de la ortodoxia neoclásica estricta, esta última condición está mal formulada, pues la teoría habla siempre de ventaja neta o salario real. Esto implica que las predicciones de la teoría son incontrastables, a menos que se logre reducir a términos monetarios todas las ventajas y desventajas, monetarias y no monetarias, que deben incluirse en los cálculos de las ventajas netas. Parece claro que los obstáculos a la movilidad son reducibles a términos monetarios, salvadas mayores o menores dificultades prácticas. Solamente tras esta reducción podría contrastarse empíricamente la teoría de que se producen migraciones hasta que los salarios reales se igualan en las diversas áreas, y hacer verdad el conocido *dictum* de Dorothy Thomas de que «la distribución de la población de un país en cualquier momento dado puede verse como un ajuste, *grosso modo*, a la distribución de las oportunidades económicas»<sup>42</sup>.

Los partidarios de la teoría neoclásica suelen señalar, frente a sus críticos, que éstos confunden la ventaja neta con los salarios monetarios. El siguiente párrafo de Harry Richardson es, a la vez, un buen resumen de las críticas que recibe la teoría y de las bases para su defensa:

«La teoría neoclásica del equilibrio general predice que, en una situación caracterizada por diferencias interregionales en los salarios reales, la fuerza de trabajo emigrará desde las regiones de salarios bajos a las de salarios altos hasta que queden igualados los salarios reales. Esta conclusión descansa sobre varios supuestos críticos: un marco de análisis comparativo estático; factor trabajo homogéneo; rendimientos de escala constantes; costes de migración nulos; mercados de trabajo perfectamente competitivos; migración en respuesta a diferencias de salarios y sólo a eso. Pero la migración es un proceso dinámico asociado con otros cambios en las condiciones económicas de las regiones de origen y destino. No se puede asegurar su efecto equilibrador, pues en ciertas circunstancias puede acelerarse el crecimiento en las regiones de destino y ralentizarse en las de origen. Las diferencias en la calidad y el tipo de la fuerza de trabajo complican el cuadro y distorsionan los resultados previstos. (...) Suponer costes nulos a las migraciones es claramente irrealista. (...) El peligro consiste en suponer que lo que motiva el flujo migratorio son las diferencias de salarios sólo porque los mayores flujos migratorios netos se producen desde regiones de bajos salarios a regio-

<sup>42</sup> Dorothy S. THOMAS, *Population Redistribution and Economic Growth*, vol. II, p. 1.



nes de salarios altos. No es necesario que esto ocurra así. La distancia a recorrer y las oportunidades relativas de empleo suelen ser variables importantes. Además, si los migrantes están desempleados, o, como en el caso de la migración rural-urbana, han sido expulsados del campo, no hacen falta diferencias de salarios para inducirlos a migrar. Algunos pueden migrar por razones no económicas: clima, parientes o amigos, o simplemente ganas de variar...»<sup>43</sup>.

Las críticas enumeradas por Richardson pueden agruparse bajo dos apartados. Unas tienen que ver con la afirmación que la fuerza de trabajo se desplazará hacia los lugares donde obtenga una mayor ventaja neta. Otras se refieren a la igualación de salarios que habría de resultar de la migración. La teoría neoclásica se enfrenta con éxito desigual a estos dos tipos de crítica.

Consideremos en primer lugar lo relativo a la ventaja neta. Lo que la teoría predice es que cada individuo maximizará su utilidad marginal, o, lo que es lo mismo, que ante cualesquiera circunstancias elegirá de tal modo que el resultado neto será el mismo que si hubiera optado «racionalmente». Por consiguiente, no tiene por qué suponer que los costes de la emigración son nulos. Más bien debe incluirlos en los cálculos de la ventaja neta. En este cálculo deben también incluirse las razones no monetarias, como el clima, los amigos o las ganas de variar, y, en general, todos los obstáculos institucionales y culturales que, al dificultar la emigración, suponen un coste para la misma. El argumento de que en caso de paro o expulsión se hace innecesaria la diferencia de salarios se refuta fácilmente diciendo que la diferencia entre cualquier salario o ninguno, con riesgo de inanición, no es sino un caso particular, particularmente agudo, de diferencias salariales. No es sorprendente, por tanto, que la investigación empírica venga a mostrar que diferencias de hasta el 30 por 100 en salarios monetarios entre áreas geográficas distintas pueden no constituir un estímulo fuerte para la migración, mientras que un 20 por 100 más de posibilidades de encontrar empleo en otra área sí que lo es para los desempleados o los sujetos a empleo estacional, y que los flujos migratorios más fuertes y constantes se producen en respuesta a situaciones de este último tipo.

Por último, la objeción de la falta de información la encara la teoría neoclásica desde el punto de vista de la elección racional en condiciones de riesgo o incertidumbre. Basta con incluir en el cálculo un factor de riesgo, multiplicando lo que las ventajas serían en caso de certidumbre por la probabilidad de éxito, o de que las cosas sean como el individuo las imagina.

Diversos teóricos han emprendido la elaboración de modelos que tengan realmente en cuenta todos estos factores, asumiendo valores, calculados o imputados, para los parámetros estructurales y las preferencias reales que carac-

<sup>43</sup> H. W. RICHARDSON, *Regional Economics. Location Theory, Urban Structure and Regional Change*, Nueva York, 1969.

terizan una situación determinada. Desde el punto de vista del capital humano, Schultz y Sjaastad<sup>44</sup>, por ejemplo, incluyen en sus modelos tanto costes monetarios como no monetarios y físicos; entre otras cosas, incluyen las rentas no percibidas en el período de viaje y adaptación al nuevo entorno, de alimentación, de transporte, etc. La decisión de migrar se producirá cuando el tipo de rendimiento de la suma resultante de considerar como capital invertido los costes totales de la emigración sea preferible a las demás alternativas que se les ofrezcan a los migrantes potenciales, o, dicho de otro modo, cuando el rendimiento global de los recursos movilizables en la emigración resulte mayor que el de los recursos movilizables en el lugar de residencia habitual. Tal rendimiento depende, fundamentalmente, de la diferencia de salarios en las áreas de origen y destino. Es de destacar, sin embargo, que lo que se iguala en estos modelos no son los salarios monetarios ni su relación con el coste de la vida, sino, a igualdad de recursos movilizables en ambas situaciones, el tipo de rendimiento de éstos.

No contradice a la teoría neoclásica, por tanto, el hecho de que persistan diferencias de salarios entre regiones; al contrario, si la teoría neoclásica es correcta, la existencia de cualesquiera diferencias de salarios indica la existencia de obstáculos a la movilidad que habría que investigar, y que, en el límite o situación de equilibrio, se revelarían iguales a las diferencias salariales.

Por supuesto, los poseedores de fuerza de trabajo pueden equivocarse por falta de información en cualquiera de los dos sentidos. Por ejemplo, los salarios monetarios reales no suelen ser idénticos a los nominales, dependiendo el poder adquisitivo de éstos del nivel de precios o del coste de la vida; sin embargo, los salarios nominales tienen un efecto demostración más fácil de percibir que el contraefecto derivado del más alto coste de la vida<sup>45</sup>. Aunque la información no fuera perfecta —y hay muchas razones para pensar que la información dista, normalmente, de la perfección—, el comportamiento del emigrante potencial sería totalmente «racional» si tomara en cuenta, en el momento de la decisión, el riesgo de que se produjeran sorpresas que frustrasen el atractivo de los salarios diferenciales. Pero la teoría de la elección racional puede también añadir los costes de obtener esa información y encontrar preferible para el emigrante un cierto riesgo, conocido o no, al coste de enterarse puntualmente de su nueva situación. Desde esta perspectiva general se han venido proponiendo diversos modelos econométricos tendentes a refinar y especificar más la teoría. Entre ellos destaca el de Todaro, que aplica a las

<sup>44</sup> Larry SJAASTAD, «The Costs and Returns of Human Migration», y T. W. SCHULTZ, «Reflections on Investment on Man», cit.

<sup>45</sup> «La diferencia entre dos países o regiones en ingresos nominales es normalmente mayor que la diferencia entre ellos en ingresos reales.» Pero esto está en parte mitigado por el efecto demostración mencionado de los salarios nominales. Los modelos que asumen perfecta información y «racionalidad» no suelen tomar en cuenta este factor. Véase W. A. LEWIS, *Development Economics: An Outline*, Morristown, N. J., 1974, p. 44.

diferencias salariales un parámetro que traduce las expectativas del emigrante potencial en cuanto a las oportunidades de obtener un empleo «satisfactorio» en el nuevo lugar de residencia <sup>46</sup>.

Para llevar las cosas al extremo, la teoría neoclásica puede mantenerse aun si adoptamos un punto de vista aparentemente tan alejado de ella como el que desarrolló Pérez Díaz basándose en Sartre, y que se centra en la noción de «proyecto vital» como síntesis subjetiva resultante de las experiencias del sujeto <sup>47</sup>. Otros autores consideran imprescindible incluir en el modelo variables que reflejan tanto la situación estructural como su percepción por el sujeto y sus mecanismos de reacción a ella. Así, en el modelo de «valor añadido» de Ellemer se parte de una situación de *stress* estructural, que se experimenta como tal, y que torna digna de consideración una eventual oferta de migración que ponga de relieve lo que otros autores llaman «privación relativa». Para que estas condiciones resulten en un proceso migratorio es preciso, además, que el individuo en cuestión tenga un tipo de personalidad que lo disponga a «soltar amarras», y que el control social no sea tan fuerte que le impida adoptar eventuales decisiones, o le haga volverse atrás de ellas <sup>48</sup>.

Podemos pasar ahora a la respuesta marginalista al segundo conjunto de críticas, que se referían a la igualación tendencial de las diferencias salariales entre regiones. En realidad, hemos visto que la inclusión de numerosos factores en el modelo matizaba de modos diversos esta predicción. Lo que importa aquí es que todo conduce al mismo tipo de problemas que la teoría tenía en principio: aunque altamente lógicos y eventualmente de gran sofisticación, los modelos no pueden usarse en la práctica por insuficiencia de datos y, en todo caso, por la imposibilidad de homogeneizar costes monetarios y no-monetarios. Cuanto mejor defiende la teoría su supuesto de la «racionalidad» del emigrante, incluyendo en sus consideraciones hasta su tipo de personalidad y la fuerza del control social, más difícil le resulta acercarse al problema teórico real, que consiste, sobre todo, en encontrar una pauta o modelo general de los procesos de migración, y de las secuencias y el ritmo de la interacción entre las regiones de origen y las de destino. Dicho de otro modo, una teoría tan general necesita de tantas teorías particulares, relativas a la génesis y estructura de la realidad, que estas teorías estructurales y genéticas pueden fácilmente declarar inútil a la inicial —suponiendo indiferentemente racionalidad o irracionalidad a los sujetos— y ocupar su lugar en la explicación de los fenómenos estructurales reales.

<sup>46</sup> M. P. TODARO, «A model of Labor migration and urban unemployment in less developed countries», *American Economic Review* (marzo 1969); puede verse también M. P. TODARO y J. R. HARRIS, «Migration, Unemployment, and Development: a Two Sector Analysis», *American Economic Review*, LX, 1 (marzo 1970).

<sup>47</sup> Especialmente el capítulo 1 («Para una teoría de la emigración rural») de *Emigración y cambio social*, y capítulo VII («Medio rural y desarrollo regional») de *Pueblos y clases sociales en el campo español*.

<sup>48</sup> Véase la referencia al trabajo de J. E. ELLEMER, en S. AKERMAN, «Towards an Understanding», p. 301.

En suma, aunque la teoría neoclásica resulta defendible teóricamente en cualquier caso, su utilidad parece tanto mayor cuanto menor sea el peso de los factores no monetarios. En otras palabras, resulta tanto más aplicable cuanto más avanzada y monetarizada sea la economía en cuestión. Ahora bien, ocurre que las economías que reúnen estas características son economías que han dejado atrás los fenómenos migratorios masivos, intensos y unidireccionales que nos ocupan, para registrar sobre todo procesos de movilidad geográfica multidireccional. La teoría neoclásica elude, por tanto, el problema principal, que no es el de la racionalidad del comportamiento de la fuerza de trabajo, sino el de la dinámica del crecimiento económico.

Así, pues, la crítica más certera que puede hacerse a esta teoría es que, de hecho, supone como punto de partida un desequilibrio que tenderá a equilibrarse antes de que aparezca otro nuevo desequilibrio, mientras que los fenómenos que pretendemos explicar consisten generalmente en procesos de acumulación de desequilibrios que pasan por complejas y varias vicisitudes en el tiempo para llegar o no llegar al equilibrio.

Estamos aún lejos, sin duda, de disponer de un marco teórico y analítico que permita comprender las migraciones —sus determinantes, mecanismos y consecuencias— en toda su complejidad. No obstante, el camino ya recorrido en modo alguno resulta desdeñable. La distancia que media entre las simples y directas observaciones de Ravenstein y las refinadas especificaciones de muchos modelos contemporáneos es considerable, aunque pocos iguallen a aquéllas en originalidad y prudencia. Al mismo tiempo, la filiación entre unas y otras es clara. Por ello, y porque entre todos los que podemos considerar precursores del moderno pensamiento sobre las migraciones —aunque no inune al paso del tiempo— Ravenstein continúa siendo el más influyente, parece justificado que recordemos a quien, hace cien años, supo comprender la importancia de las migraciones y legar a la posteridad valiosas ideas para su explicación.